

EL HOMBRE ETERNO¹

LAS CINCO MUERTES DE LA FE

No es el propósito de este libro trazar la historia que sigue al cristianismo, especialmente su historia más reciente. Esto implica controversias de las que espero escribir con más detalle en otro lugar. El objeto de este libro es, únicamente, el de sugerir que el cristianismo, apareciendo en medio de la humanidad pagana, tenía todo el carácter de algo único e incluso sobrenatural. No se parecía a las demás realidades y, cuanto más lo estudiamos, menos parecido le encontramos. Pero presenta un rasgo característico que marcó su existencia hasta el mismo momento actual, que será con el que concluyamos este libro.

Como ya indiqué, Asia y el mundo antiguo parecían demasiado viejos para morir. El cristianismo ha tenido un destino diametralmente opuesto. Ha pasado por una serie de revoluciones y en cada una de ellas ha muerto. Ha muerto muchas veces y otras tantas se ha alzado de nuevo, pues contaba con un Dios que sabía cómo salir del sepulcro. Pero el primer hecho extraordinario que marca esta historia es éste: que Europa se ha derrumbado una y otra vez, y que al final de cada una de estas revoluciones, la misma religión a vuelto otra vez a la cima. La Fe está continuamente transformando las épocas, y no como una religión antigua sino como una religión nueva. Es una verdad que muchos ocultan bajo un convencionalismo apenas perceptible y curiosamente caracterizado, porque aquéllos que la ignoran son los mismos que reclaman para sí haberla detectado y proclamado abiertamente. Continuamente los encontraremos diciendo que los sacerdotes y las ceremonias no son religión y que las organizaciones religiosas pueden ser un vacío engaño, sin que se den cuenta de lo cerca que están de la verdad. Pues es una verdad notoria que, al menos tres o cuatro veces en su historia, el cristianismo pareció haber perdido todo su espíritu, y casi todos esperaban su fin. Un hecho que únicamente se ve oscurecido en la época medieval y en otras épocas, por esa misma religión oficial que los críticos se enorgullecen de comprender plenamente. El cristianismo siguió siendo la religión oficial de un príncipe renacentista o la religión oficial de un obispo del siglo XVIII, lo mismo que una mitología antigua siguió siendo la religión oficial de Julio César o el credo arriano siguió siendo largo tiempo la religión oficial de Juliano el Apóstata. Pero había una diferencia entre los casos de Julio y de Juliano, porque la Iglesia había empezado su extraña carrera. No había ninguna razón por la que hombres como Julio no adoraran continuamente a dioses como Júpiter en público, mientras se burlaban de ellos en privado. Pero cuando Juliano consideraba muerto el cristianismo, se encontró con que había vuelto a la vida. Y se encontró también, dicho sea de paso, con que no había el menor indicio de que Júpiter hubiera vuelto a la vida. El caso de Juliano y el arrianismo no es sino el primero de una serie de ejemplos que no podemos analizar aquí más que a grandes rasgos. El arrianismo, como ya señalamos, tenía toda la apariencia de ser el modo natural de desembocar de la particular superstición de Constantino. Todas las etapas ordinarias habían

¹ Chesterton, Gilbert K. (1993). Las cinco muertes de la fe, traducción por Mario Ruiz Fernández, El hombre eterno (317-332). Obtenido de: <https://somafiles.wordpress.com/2018/07/g-k-chesterton-el-hombre-eterno.pdf>

sido superadas; el credo se había convertido en algo respetable, ritual, y más tarde se convertiría en algo racional. Y allí estaban los racionalistas dispuestos a disipar sus restos, lo mismo que hacen hoy. Cuando el cristianismo se alzó de nuevo súbitamente y los expulsó, fue algo casi tan inesperado como la Resurrección de Cristo. Pero hay muchos otros ejemplos del mismo caso. La afluencia de misioneros de Irlanda, por ejemplo, tiene todo el aire de un inesperado irrumpir de hombres jóvenes en un mundo anciano y en una Iglesia que mostraba síntomas de envejecimiento. Algunos de ellos fueron martirizados en las costas de Comualles. Y hablando en cierta ocasión con la máxima autoridad en antigüedades de Comualles, me dijo que estaba convencido de que aquellos misioneros no fueron martirizados por ser paganos sino -como expresaba con cierto humor por ser «cristianos un tanto pacíficos».

Ahora bien, si buceáramos bajo la superficie de la historia -lo que no es nuestra intención- sospecho que nos encontraríamos en varias ocasiones un cristianismo aparentemente vaciado por la duda y la indiferencia únicamente con su viejo caparazón cristiano, igual que el viejo caparazón pagano había permanecido tanto tiempo. Con la diferencia de que en cada uno de esos casos, allí donde los padres se habían relajado en la fe los hijos eran fanáticos de la misma. Es un hecho patente en la transición del Renacimiento a la Contrarreforma. Y es también patente en la transición del siglo XVIII a los muchos renacimientos católicos de nuestro tiempo. Podríamos citar muchos otros ejemplos, pero me merecería ser tratado separadamente.

La fe no es una supervivencia. No es como si las los druidas se las hubieran arreglado de alguna manera para sobrevivir en algún lugar por espacio de dos mil años. Esto es lo que podía haber sucedido en Asia o en la antigua Europa, sumidas en esa indiferencia o tolerancia en que las mitologías y las filosofías podían convivir indefinidamente. La fe no ha sobrevivido, ha vuelto repetidas veces a este mundo occidental de vertiginosos cambios y de instituciones en perpetuo derrumbamientos. Europa en la tradición de Roma, se encontraba siempre sumida en la revolución y la reconstrucción, tratando de edificar una República universal. Y empezó por rechazar siempre está vieja piedra, hasta que terminó por convertirla en piedra angular, rescatándola de los escombros para hacer de ella la corona del Capitolio. Algunas piedras de Stonehenge permanecen en pie y otras han caído, y tal como la piedra cae, así permanece. No se ha producido un renacimiento de druidas cada uno o dos siglos, con los jóvenes druidas coronados de muérdago fresco, danzando al sol, en la llanura de Salisbury. Stonehenge no sea reconstruido de acuerdo a los diferentes estilos de arquitectura, desde el rudo arco normando al tardío rococó del Barroco. El lugar sagrado de los druidas se ha conservado a salvo del vandalismo de la restauración.

Pero, la Iglesia en Occidente no se encontraba precisamente en un mundo donde las cosas eran demasiado viejas para morir, sino en un mundo en el que eran siempre lo suficientemente jóvenes como para morir asesinadas. En consecuencia, más de una vez, la Iglesia fue asesinada de forma superficial y externa, y no sólo eso, sino que a veces se extinguió sin ser asesinada. V de aquí se sigue un hecho difícil de describir, que, sin embargo, considero un hecho real e importante. Lo mismo que un espíritu es como la sombra de un hombre, y en ese sentido, es como la sombra de la vida, de igual manera, a intervalos, pasó

a través de esta vida interminable una especie de sombra de muerte. Esa sombra llegó en un momento en el que habría perecido, si hubiera sido susceptible de perecer. Fulminó todo lo que era perecedero. Si viniera al caso hacer un paralelismo con determinados animales, podríamos decir que la serpiente se estremeció, se despojó de su piel y salió pitando, o que el gato comenzó a convulsionarse al perder una de sus novecientas noventa y nueve vidas. Y verdaderamente podríamos decir, con una imagen un poco más digna, que se oyó el tañido de una campana y no sucedió nada, o que se escuchó el toque de una ejecución que fue pospuesta eternamente.

¿Qué sentido tenía esa sombría y amplia inquietud del siglo XII, cuando, como se ha expresado tan finamente, Juliano se agitó en medio de su sueño? ¿Por qué apareció curiosamente tan temprano, en el crepúsculo del amanecer tras el oscuro periodo de la Edad Media, un escepticismo tan profundo como el que supuso el impulso del nominalismo contra el realismo? Pues la lucha entre realismo y nominalismo fue realmente un enfrentamiento entre realismo y racionalismo, o algo más destructivo que lo que llamamos racionalismo. La respuesta es que, así como algunos pudieron pensar que la Iglesia era una simple parte del Imperio Romano, otros, más adelante, pudieron pensar que la Iglesia era sencillamente una parte de un periodo oscuro de la Edad Media. La Edad Oscura terminó, como terminó el Imperio, y la Iglesia debería haber desaparecido con ella si no hubiera sido algo más que una de las sombras de la noche. Se trata de otra de esas muertes espectrales o simulaciones de muerte a las que antes me he referido. Quiero decir que si el nominalismo hubiera triunfado, habría sido como si el arrianismo hubiera triunfado, y habría supuesto el fracaso del cristianismo. Porque el nominalismo es un escepticismo mucho más fundamental que el mero ateísmo. Esta fue la cuestión que se planteó abiertamente cuando ese periodo oscuro dio paso a esa luz del día que llamamos el mundo moderno. Pero, ¿cuál fue la respuesta? La respuesta fue Tomás de Aquino en la silla de Aristóteles, adquiriendo todos los conocimientos de su competencia, y los miles de jóvenes de las clases más bajas de entre los campesinos y los siervos, vestidos de andrajos y alimentados de mendrugos, alrededor de las grandes universidades para escuchar la filosofía escolástica.

¿Qué significaba todo ese susurro aterrador que se extendió por Occidente bajo la sombra del Islam, y que llena tantas viejas historias con imágenes incongruentes de caballeros sarracenos presumiendo en Noruega o en las Hébridas? ¿Por qué hombres del extremo occidental tales como el rey Juan, si no recuerdo mal, fueron acusados de ser secretamente musulmanes, de la misma forma que acusan a los hombres de ser secretamente ateos? ¿Por qué se produjo tanta alarma entre algunas de las autoridades, sobre la versión racionalista árabe de Aristóteles? Las autoridades no se alarman de esa forma salvo cuando ya es demasiado tarde. La respuesta es que cientos de personas creyeron probablemente que el Islam conquistaría al cristianismo; que Averroes era más racional que Anselmo; que la cultura sarracena era realmente, como lo era aparentemente, una cultura superior. Aquí de nuevo encontraríamos probablemente una generación entera, la generación más vieja, con una actitud escéptica, deprimida y cansada. La llegada del Islam sólo habría significado la llegada del unitarismo con mil años de antelación. Es posible que a muchos les pareciera muy razonable, probable y verosímil que esto sucediera. Si así fuera, se quedarían sorprendidos por lo que sucedió.

Porque lo que ocurrió fue un estallido como el trueno de miles de hombres jóvenes, arrojando toda su juventud en un contrataque exultante: las Cruzadas. Eran los hijos de san Francisco, los Juglares de Dios, cantando en sus marchas por todos los caminos de la tierra. Era el gótico elevándose hacia el cielo como un vuelo de flechas. Era el despertar del mundo. Al considerar la guerra de los albigenses, llegamos a la brecha en el corazón de Europa y al triunfo de una nueva filosofía que casi acabó con el cristianismo para siempre. En este caso la nueva filosofía era también una filosofía muy nueva: el pesimismo. Sin embargo, no dejaba de ser como las ideas modernas, ya que era tan vieja como Asia, cosa que ocurre con la mayoría de las ideas modernas. Era el retorno de los gnósticos. Y, ¿por qué volvían los gnósticos? Porque era el final de una época, como el final del Imperio, y debería haber sido el final de la Iglesia. Era Schopenhauer revoloteando sobre el futuro, pero era también Maniqueo alzándose de entre los muertos para recordar que los hombres podían alcanzar la muerte y que la podían alcanzar con más abundancia.

Es bastante más obvio en el caso del Renacimiento, simplemente porque es un período más cercano a nosotros y la gente sabe mucho más acerca de él. Pero, en este ejemplo, se encierran muchas más cosas de las que sabe la mayoría de la gente. Aparte de las controversias particulares, que prefiero reservar para un estudio aparte, el periodo era bastante más caótico de lo que normalmente se desprende de aquellas controversias. Cuando los protestantes llaman a Latimer² mártir del protestantismo y los católicos responden que Campion³ fue un mártir del catolicismo, con frecuencia se olvidan que muchos de los que fallecieron en tales persecuciones sólo pueden ser considerados como mártires del ateísmo, del anarquismo o incluso del diablo. Aquel mundo era casi tan salvaje como el nuestro. Los hombres que lo componían eran de ese tipo de personas que dicen que no existe Dios, el tipo de persona que dice que él mismo es Dios, el tipo de persona que dice cosas que nadie es capaz de comprender. Si pudiéramos escuchar las conversaciones de la época que siguió al Renacimiento, probablemente nos quedaríamos asombrados de sus vergonzosas negaciones. Las observaciones atribuidas a Marlowe son probablemente típicas de la tertulia de muchas tabernas de intelectuales. La transición de la Europa de la prereforma a la Europa de la post-reforma se realizó mediante un vacío de aburridas preguntas. Y, sin embargo, a la larga, la respuesta fue siempre la misma. Era uno de esos momentos en los que, mientras Cristo caminaba sobre las aguas, el cristianismo caminaba sobre el aire.

Pero, todos estos casos son lejanos en el tiempo y sólo podrían probarse profundizando en ellos. Podemos ver el hecho con mayor claridad en el caso en el que el paganismo del Renacimiento acabó con el cristianismo y el cristianismo inexplicablemente renació de

² Hugh Latimer, sacerdote católico (1472-1555). Escribió contra el luteranismo y después fue uno de los fundadores de la Reforma protestante en Inglaterra y obispo de Worcester. Fue ajusticiado como hereje por María Tudor.

³ Edmund Campion (1540-1581), jesuita inglés. Pastor de la Iglesia Anglicana convertido al catolicismo. En 1581 fue detenido, acusado de traición y encarcelado en la Torre de Londres. Hasta tres veces fue invitado a retractarse y mantuvo su fe discutiendo públicamente con los protestantes. Juzgado por haber intentado inducir al pueblo a la sedición, fue ahorcado, arrastrado y descuartizado. Fue beatificado por el papa León XIII en 1886.

nuevo. Pero aún podemos verlo más claramente en un caso más cercano a nosotros y de una evidencia más manifiesta y minuciosa, como es el caso del gran declive de la religión en la época de Voltaire. Ciertamente, se trata de nuestro propio caso y nosotros mismos hemos podido contemplar el declinar de este declive. Los años transcurridos desde Voltaire no pasan por delante de nuestra vista con tanta rapidez como los siglos IV y V, o los siglos XII y XIII. En nuestro propio caso, podemos ver este proceso —tantas veces repetido— al alcance de la mano. Sabemos cómo una sociedad puede perder totalmente su religión principal sin abolir su religión oficial. Sabemos cómo los hombres pueden hacerse agnósticos mucho antes de abolir los obispos. Y sabemos también que en este último final, que parecía el final definitivo, volvió a ocurrir lo increíble: la Fe tiene mejores adeptos entre los jóvenes que entre los más ancianos. Cuando Ibsen se refirió a la nueva generación que llamaba a la puerta, nunca sospechaba que se trataría de la puerta de la Iglesia.

Al menos cinco veces, por tanto: con los arrios y los albigenses, con el escéptico humanista, después de Voltaire y después de Darwin, la Fe fue aparentemente arrojada a los perros. Pero en todos estos casos fueron los perros los que perecieron. Su cabal derrumbamiento y el extraño giro de los acontecimientos, es algo que sólo podemos ver con detalle en el caso más cercano a nuestro tiempo.

Se han dicho muchas cosas sobre el movimiento de Oxford y el resurgir católico francés paralelo, pero pocas han conseguido reflejar el hecho más simple en relación con ellos: que fue una sorpresa. Fue una sorpresa y un rompecabezas, porque a la mayoría de la gente le pareció como un río retornando desde el mar e intentando subir nuevamente hacia las montañas. Cualquiera que haya leído la literatura de los siglos XVIII y XIX se dará cuenta de que casi todo el mundo había llegado a la convicción de que la religión era una realidad que había de ensancharse continuamente, como un río hasta desembocar en un mar infinito. Algunos esperaban que se precipitara como una catarata de catástrofe; la mayoría esperaba que se ensanchara formando un estuario de igualdad y moderación, pero todos consideraban su retorno un prodigio tan increíble como las artes de hechicería. En otras palabras, los más moderados pensaba que la fe, como la libertad, se vería frenada lentamente, mientras que otros más radicales pensaban que se vería rápidamente frenada, por no decir completamente aplastada. Todo ese mundo de Guizot⁴ y de Macaulay⁵ y de la liberalidad comercial y científica, estaba quizás más seguro que cualquier hombre lo estuvo antes o lo estaría después, de la dirección que había tomado el mundo. Tan seguros estaban de ello que sólo tenían dudas acerca del ritmo de los pasos. Muchos anticiparían con preocupación —y algunos con cierta complacencia— una revuelta jacobina que habría de llevar al Arzobispo de Canterbury a la guillotina, o una revuelta cartista⁶ que habría de colgar a los sacerdotes de

⁴ Historiador y estadista francés (1787*1874). Publicó varias historias sobre la civilización francesa y europea.

⁵ Thomas Babington, lord Macaulay (1800-1859), historiador, crítico y político inglés. En 1848 publicó una Historia de Inglaterra.

⁶ El cartismo Rie un partido político de ideas muy avanzadas, formado principalmente por obreros, que figuró mucho en Inglaterra durante los primeros años del reinado de Victoria. Recibió este nombre porque pedía una Constitución democrática o Carta del Pueblo basada en 6 puntos

los postes de la luz. Pero resultaba como una convulsión de la naturaleza que el Arzobispo, en vez de perder su cabeza, anduviera buscando su mitra, y que, en vez de disminuir, se hiciera más sólido el respeto debido a los sacerdotes. Aquello revolucionaba su mismo concepto de revolución y daba la vuelta a su mismo mundo al revés.

En resumen, mientras el mundo se encontraba dividido debatiendo si la corriente iba más lenta o más rápida, comenzó a darse cuenta de que algo vago pero de grandes dimensiones oponía resistencia a la corriente. Tanto en sentido real como figurado hay algo profundamente preocupante en este hecho, que es debido a una razón fundamental. Una cosa muerta puede ser arrastrada por la corriente, pero sólo algo vivo puede ir contra ella. Un perro muerto puede ser alzado sobre la corriente del agua encrespada con toda la viveza del sabueso, pero sólo un perro vivo es capaz de nadar contracorriente. Un barco de papel puede flotar sobre las aguas de una terrible inundación con la complaciente arrogancia de un barco encantado, pero si aquel barco navega contra la corriente es señal de que sus remos son movidos por algún espíritu encantado. Y entre las cosas que se veían arrastradas por la marea del progreso y del desarrollo, se podía distinguir a más de un demagogo y de un sofista, cuyos violentos gestos tenían tan poca vida como los miembros de un perro muerto agitándose sobre las aguas revueltas; y más de una filosofía, como un barco de papel de los que no se destruyen fácilmente. Pero aun las cosas vivas o portadoras de vida arrastradas por la corriente no demostraban por ello que estuvieran vivas o que dieran la vida. Era esa otra fuerza la que, indiscutible e inexplicablemente, estaba viva; esa misteriosa e incommensurable energía que impulsaba el río en sentido contrario. Parecía ser el movimiento de un monstruo y, necesariamente había de tratarse de un monstruo vivo, puesto que la misma gente lo consideraba un monstruo prehistórico. Se trataba, no obstante, de un movimiento poco natural, incongruente, y para algunos cómico; como si la Gran Serpiente del Mar hubiera surgido repentinamente de las aguas —a menos que consideremos la Serpiente del Mar como una realidad más cercana a la Serpentina—. Este insustancial elemento de la fantasía no debe faltar, pues fue uno de los testimonios más claros de la naturaleza inesperada del cambio de situación. Aquella época sentía realmente que una cualidad absurda de los animales prehistóricos era común también a los rituales históricos; que las mitras y tiaras eran como cuernos o crestas de criaturas antediluvianas, y que apelar a una Iglesia Primitiva era como vestirse como un Hombre Primitivo.

El mundo está todavía desconcertado ante ese movimiento, pero, sobre todo, porque todavía se mueve. En otro lugar hice ya referencia a los reproches de todo tipo que aún se dirigen contra ella y contra las grandes consecuencias que implica. Basta decir aquí, que cuantos más reproches le dirijen esos críticos, menos lo explican. En cierto sentido me interesa, si no explicarla, al menos sugerir la dirección de la explicación. Pero, sobre todo, me interesa señalar un aspecto particular en relación con ello, y es este: que todo ello había sucedido antes, no una sino muchas veces. En suma, si bien es cierto que en los siglos recientes hemos asistido a una atenuación de la doctrina cristiana, no hemos asistido más que a lo que ya se produjo en los siglos más remotos. Y aun el caso moderno ha acabado de la misma forma

principales, entre ellos el sufragio universal para los varones adultos, el escrutinio secreto, la inmunidad parlamentaria, etc.

que acabaron los medievales y los anteriores a este periodo. Se ve claro a estas alturas, y cada vez con más claridad, que la doctrina cristiana no va a acabar convirtiéndose en un credo encogido, sino que retomará aquellas partes de su doctrina que habían desaparecido. Va a acabar como acabó el compromiso amano, como acabaron los intentos de establecer un compromiso con el nominalismo o con los albigenses. Pero, lo importante en el caso moderno, como en el resto de los casos, es que lo que vuelve no es, en ese sentido, una teología simplificada o, según ese punto de vista, una teología purificada, sino simplemente una teología: ese entusiasmo por los estudios teológicos que marcó las épocas más doctrinales: la ciencia divina. El antiguo título de «Don» unido al de «Doctor» pudo convertirse en su día en una expresión típica asociada al aburrimiento, pero no sería sino porque el mismo «don» se sentiría aburrido de su teología, no porque estuviera entusiasmado con ella. Sería seguramente porque estaría más interesado en el latín de Plauto que en el latín de Agustín, en el griego de Jenofonte que en el griego de Crisóstomo. Sería seguramente porque estaría más interesado en una tradición muerta que en una tradición decididamente viva. En pocas palabras, sucedería aquello, seguramente, porque él mismo era un arquetipo de un periodo en el que la fe cristiana era débil. No sería porque los hombres no acogieran, si pudieran, la maravillosa y casi impetuosa visión de un Doctor de la Divinidad.

Hay gente que dice desear que el cristianismo permaneciera como un espíritu. En el fondo, lo que quieren decir, casi literalmente, es que su deseo es que permaneciera como un fantasma. Pero no va a permanecer como tal. Lo que sigue a este proceso de muerte aparente no es la permanencia de la sombra, sino la resurrección del cuerpo. Ese tipo de gente está dispuesta a verter piadosas y reverentes lágrimas sobre el Sepulcro del Hijo del Hombre, pero no están preparados para ver al Hijo de Dios caminando una vez más sobre las montañas de la mañana. Esa gente, como la gran mayoría, estaban en aquel momento acostumbrados a la idea de que la luz del viejo candelero cristiano se desvanecería ante la luz del día. Muchos de ellos veían la luz del cristianismo como la pálida llama de una vela que se deja quemar a la luz del día. Por eso, fue de lo más inesperado e indiscutible que los siete brazos del candelero se elevaran repentinamente al cielo como un árbol milagroso y se inflamaron hasta hacer palidecer al sol. Pero otras épocas contemplaron cómo el día conquistaba la luz del candelero y, a continuación, la luz del candelero conquistaba el día. Una y otra vez, antes de nuestra época, los hombres se han contentado con una doctrina diluida. Y, una y otra vez, a esta doctrina le ha seguido, como saliendo de la oscuridad en forma de una catarata carmesí, la fuerza del vino original. Y una vez más decimos hoy, como repetidas veces dijeron nuestros padres: «hace muchos siglos nuestros propios padres o los fundadores de nuestro pueblo bebieron, mientras soñaban, de la sangre de Dios. Muchos años y siglos han pasado desde que, de toda la fuerza de esa gigantesca vendimia, no ha quedado sino una leyenda de la época de los gigantes. Han transcurrido siglos ya desde la época oscura de la segunda fermentación, cuando el vino del catolicismo se convirtió en el vinagre del calvinismo. Ha pasado mucho tiempo desde que esa misma bebida amarga se ha diluido, bañada por las aguas del olvido y la marea del mundo. Nunca volveremos a probar aquel sabor amargo de sinceridad y de espíritu, y menos todavía la riqueza y dulcedumbre de los viñedos púrpura de nuestros sueños de la edad del oro. Día tras día y año tras año hemos rebajado nuestras esperanzas y menguado nuestras convicciones; nos hemos acostumbrado cada vez más a ver

esas barricadas y viñedos anegados por las aguas desmadradas, y a que el último aroma y regusto de este elemento especial se desvanezca como una mancha de púrpura sobre un mar de gris. Nos hemos acostumbrado a la dilución, a la disolución, a este continuo rebajar el vino. Pero, «Tú has guardado el buen vino para el final».

Este es el hecho definitivo y el más extraordinario de todos. La fe ha muerto muchas veces y a menudo de vieja. Ha sido muchas veces asesinada y otras muchas ha fallecido de muerte natural, en el sentido de llegar a su fin natural y necesario. Es notorio que ha sobrevivido a las persecuciones más salvajes y universales, desde la embestida de la furia de Diocleciano al embate de la Revolución francesa. Pero mayor y más extraña es su terca permanencia. I la sobrevivido no sólo a la guerra sino también a la paz. I la muerto muchas veces, y otras muchas decayó y degeneró. Ha sobrevivido a su propia debilidad y hasta a su propia rendición. Huelga repetir algo tan obvio como la belleza del final de Cristo al hermanar la juventud y la muerte. Casi podríamos decir que Cristo abrazó con su vida los contrarios: como un sabio anciano centenario fallecido de muerte natural y luego resurgido joven entre trompetas y homenaje de los cielos. Es lugar común que la cristiandad, con su recurrente debilidad, ha desposado los poderes del mundo, pero también lo es su frecuente viudez y desamparo. Una viuda curiosamente inmortal. Un enemigo podría presentarla como uno de los brazos del poder de los Césares, lo cual suena tan extraño a nuestros oídos como decir que fue uno de los brazos del poder de los Faraones. Otro enemigo podría afirmar que constituyó la fe oficial del feudalismo, pero hoy día esto suena tan convincente como decir que estaba destinada a perecer con la antigua villa romana. Todas estas cosas siguieron su curso hasta su final normal, y parecía no haber otro curso para la religión que extinguirse con ellas. Mas cuando la fe cristiana pareció acabarse, volvió otra vez a empezar.

«Los cielos y la tierra pasarán pero mis palabras no pasarán». La civilización de la antigüedad constituía el entero mundo, y el hombre no soñaba con su acabamiento, lo mismo que no se le pasaba por la cabeza que se acabara la luz del día. No podían imaginar un orden diferente, a menos que hiera en un mundo diferente. Pasó, sin embargo, esa civilización, mientras que aquellas palabras aún permanecen. En la larga noche de la Edad Oscura, el feudalismo era algo tan familiar que no podía imaginarse ningún hombre sin su señor; y la religión estaba hasta tal punto enredada en esa madeja que era impensable que pudieran llegar a separarse. El feudalismo se vió desgarrado y desgajado de la vida social de la verdadera Edad Media; y el poder principal y más lozano de aquella nueva libertad sería la antigua religión. El feudalismo había pasado, y las palabras no. El entero orden medieval —en muchos sentidos un hogar perfecto y casi universal para el hombre— se fue degradando a su vez, y entonces se pensó que las palabras pasarían con él. Pero éstas se abrieron camino a través del abismo radiante del Renacimiento y, en cincuenta años, toda su luz y sabiduría se incorporaba a nuevas fundaciones religiosas, a la nueva ciencia apologética y a los nuevos santos. Se imaginó a la religión definitivamente marchita ante la seca luz de la Edad de la Razón. Se la imaginó por fin desaparecida tras el terremoto de la Revolución francesa. La ciencia pretendió obviarla, pero aún estaba allí. La historia la enterró en el pasado, pero Ella apareció repentinamente en el futuro. Hoy la encontramos en nuestro camino y, mientras la observamos, continúa su crecimiento.

Si nos atenemos a la continuidad de nuestros relatos y testimonios; si el hombre aprende a aplicar la razón ante tal cantidad de hechos acumulados en una historia tan chocante, es de esperar que tarde o temprano sus enemigos escarmentarán ante las continuas decepciones de estar siempre aguardando su muerte. Pueden seguir con su guerra particular, que será una guerra contra la naturaleza, contra el paisaje, contra los cielos. «Los cielos y la tierra pasarán pero mis palabras no pasarán». Estarán al acecho para proclamar sus yerros y tropiezos, pero no esperarán ya su desaparición. De una forma insensible, incluso inconsciente, ya no contemplarán la extinción de la que tantas veces dieron por extinguida, y aprenderán, instintivamente, a esperar antes la caída de un meteorito o el oscurecimiento de una estrella.